



Gustavo Adolfo Bécquer

La cruz de mayo

CON dificultad puede encontrarse un pueblo más apegado a sus tradiciones y costumbres que el pueblo de Madrid. Hablamos del verdadero pueblo. En Madrid hay dos grandes grupos de población: uno de gente febril e inquieta para la que no hay otro calendario que la Guía, ni más oráculo que la Gaceta Oficial; este grupo de gente oscila al compás de los sucesos políticos, vive en los círculos, en los cafés, en el salón de conferencias, hace cola a la puerta de la tribuna del Congreso, se desespera en la antesala del ministro y lleva sus preocupaciones a la Fuente Castellana, su difícil digestión a los bufos o su ayuno a los bancos de los paseos públicos, donde encuentra lecho; ésta es la gente que vive en el mundo del negocio, de la aristocracia y de la política; turba dorada o miserable de banqueros, títulos, oradores, empleados, escritores, artistas, cesantes y vagos para los que no hay fiestas, ni estaciones, ni santos, ni apenas día y noche.

Hay otro gran grupo de menestrales, artesanos, de gentes que viven de esos oficios sin nombre o no viven de ninguno, que forma otro mundo social, el cual marca como un cronómetro el curso de las horas y los días del año, y en medio de las mayores preocupaciones y de los más grandes transtornos se acuerda de la fecha de las verbenas, de los días en que se coge la bellota en el Pardo, cuándo florecen las lilas en el Retiro, se visitan los monumentos, se destripan las meriendas en el canal, se celebra el santo patrón, se conmemoran los mártires de la Independencia o se

entierra la sardina.

El que ocasionalmente vive en Madrid, o aunque de asiento en él, no traspasa la barrera de ese, no sabemos si medio o cuarto de mundo cortesano que empieza en la Castellana y acaba en el Teatro Real, comprendiendo en su ámbito una media docena de calles, se encuentra a veces sorprendido por una mesa cubierta de un paño negro; sobre la mesa hay un crucifijo y dos velas, y al lado un hombre del pueblo o un militar, cuyo uniforme sólo se encuentra ya en los figurines de la historia del ejército. Aquellas figuras austeras que le piden en tono grave una limosna para las víctimas; aquella bayeta oscura y aquella cruz, le dicen que ha llegado el 2 de mayo. Él podría haberlo olvidado quizás; el pueblo de Madrid no lo olvida nunca. Pero pasan veinticuatro horas. El cortesano siente que le detienen suavemente por la manga del paletó y oye una voz dulce, una voz de niña: ¿Caballero, un cuartito para la Cruz de Mayo? Vuelve la cara y... el altar no ha desaparecido, pero a los paños negros sustituyen telas vistosas de mil colores, dijes y guirnaldas de verdura. La cruz está allí, pero sus descarnados brazos se han vestido de flores y alrededor de la mesa, rodeada de macetas y cubierta de paños blancos y encajes, forman como un grupo de muchachas bonitas.

La manecilla del reloj ha dado dos vueltas en el horario y el pueblo de Madrid, de la noche a la mañana, ha hecho, siguiendo sus invariables costumbres, aquella rápida transición.

La cruz de mayo es en la corte una contribución que no nos atrevemos a llamar voluntaria; con tal imperio la exigen sus lindas comisionadas de apremio.

A las más pequeñas cobradoras se las suele dar dos cuartos y un beso; a las mayores se las da los dos cuartos solos, aunque no siempre por falta de ganas de darles las dos cosas juntas.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo